

PRESENTACIÓN¹

Escribir es cada vez menos costoso, el papel es más feo pero más barato, ya no es necesario comprar tinteros y han desaparecido los gastos de reparación de plumas estilográficas que se torcían o se rompían, de modo que todo el mundo escribe, publica, hay un increíble tráfico de cosas impresas; quienes antes vendían corbatas dentro de un paraguas o naranjas pasadas en sus carritos o fotos porno bajo el gabán entrecabierto, ahora venden libros, por no hablar de los falsos africanos que se han pasado al berún Baranne y te detienen en el boulevard Saint-Michel preguntando «¿Es usted *racista*?», mientras se pegan a ti con su colección, a precios imposibles, de lamentables poemas, por no hablar de los falsos tipos del Tíbet, de cabeza rapada, que te incordian disparándote una bocanada de H en pleno rostro para endilgarte un texto apócrifo de Milarepa en edición pirata, y quizá lo peor de todo en realidad sean las pretendidas novelitas auténticas publicadas en Gallirion o Flammimard, to-

1. A modo de prólogo, hemos utilizado la recensión de Michel Cournot, brillante novelista, crítico y cineasta ocasional, aparecida en *Le Nouvel Observateur*, a raíz de la edición francesa de *El uruguayo*. (N. del E.)

das esas empresas especializadas; en suma, que se parloteara en todas partes y uno ya no sabe lo que lee, la cabeza le da vueltas, reclama silencio, papel en blanco, libros simulados; uno está dispuesto a quemar todo esto, como los soldados de Chile, y justo en ese instante aparece un individuo genial que hace que olvidemos esta pesadilla, un individuo que cae del cielo: *El uruguayo*, de Copi.

La ley de la pluma-goma de borrar

Durante bastante tiempo se creyó que Copi dibujaba porque no sabía escribir. Absurda idea que impedía ver que Copi, que, en efecto, no sabe escribir, tampoco dibuja. El caso se había ya producido con Juana de Arco: los eruditos discutieron durante cinco siglos sobre si sabía escribir o no, hasta el día en que descubrieron que, sin saber escribir, había aprendido, en primer lugar, a trazar muy bien las siete letras de su nombre, Jehanne, para firmar ella sola, y después las letras de un montón de palabras para escribir cartas enteras ella sola, pero durante ese período ella seguía sin saber escribir en absoluto, de modo que sus cartas no eran banales, no hay duda alguna, y quienes las recibían, el duque de Borjoña o el general Falstaff, no las lanzaban a la cesta, como hacían con todo el correo, no; desde la primera ojeada, la letra de Juana de Arco les dejaba como encantados por una serpiente, no podían apartar los ojos, no comprendían qué les ocurría, eran víctimas de una violenta diarrea y finalmente se escondían, dejando caer sobre la hierba dos tercios de su armadura, y así fue como, entre otras estrategias, Juana de Arco hizo ganar media docena de batallas: escribiendo sin saber escribir.

Lo mismo pasa con Copi. No lo oculta e incluso es lo

primero que anuncia en su libro: no tiene ni idea de escribir en francés, él es un uruguayo¹ que ha olvidado el uruguayo desde que dejó Montevideo; sabe muy bien que lo que escribe no es legible y recomienda encarecidamente al lector que tome una gruesa goma de borrar para leer *El uruguayo* y borre todas las líneas del texto a medida que las recorra, evitando así rencores y necesidades.

¿Y qué escribe Copi en el tono inimitable y al fin audible de quienes no saben escribir? Escribe que, pese a las apariencias, no está en París, sigue estando en su casa de Montevideo y cuenta lo que pasa en Montevideo, el verdadero, el Montevideo en el que Copi se ha quedado. Cosas más bien sorprendentes, que uno no ha leído nunca en ninguna parte y no quiere adelantar para no restar fuerza al texto de Copi.

La obsesión de la silla

No es nada habitual que la policía y las familias dejen a un loco peligroso tomar la palabra en público usurpando el lugar de las viejas medusas. Una vez, las gentes se detuvieron para escuchar a Lautréamont, pero Lautréamont tenía una sonrisa sinuosa. Copi no. Una vez escucharon un delirio de algunas páginas, *la Ralentie* de Michaux, pero Michaux hablaba desde muy lejos, a distancia, como un médium a la inversa, y no se plantaba en mitad de la calle, como Copi. Está también *Au 125 du boulevard Saint-Ger-*

1. Todo el mundo (y Michel Cournot el primero) sabe que Copi es argentino y no uruguayo. Precisión sin duda inútil: aquellos de nuestros lectores que son poetas —y creemos que lo son la mayor parte— ya lo habrían reconocido. (*N. del Nouvel Observateur.*)

main, de Benjamin Péret, pero Péret era surrealista, o sea un mentiroso, todo lo contrario de Copi. En fin, está también *En bas*, de Leonora Carrington, otra Juana de Arco que no aprendió a escribir, pero Leonora Carrington se expresaba con los miembros encorsetados por una camisa de fuerza, lo que le molestaba un poco, mientras que, en cambio, Copi ha hecho trizas todas sus camisas de fuerza.

Eso es todo. En el género no ha habido antes de Copi más que estos cuatro casos, lo que muestra hasta qué punto *El uruguayo* merece ser leído, y más si pensamos que estos cuatro ahora han cerrado el pico, o han rebajado el tono, mientras se diría que Copi, que se desbloquea todavía mejor y aún más fuerte, no ha hecho más que empezar. Y no corre el riesgo de deteriorarse, de escribir algún día menos bien, pues no sabe escribir, ya lo he dicho, más que en el uruguayo que ha olvidado, y que quizá no ha sabido nunca.

Aun tratándose de un gran y maravilloso delirio, el libro de Copi, hay que advertirlo, nos pone un nudo en la garganta, porque es la primera vez que el exilio grita con todas sus fuerzas su amor y al mismo tiempo su odio hacia el país que ha dejado y hacia el país en el que se encuentra, él es el exilio. No el exiliado, insisto, sino el exilio, ese gran engendrador de crímenes, suicidios, genios sin silla donde sentarse, sin plaza del pueblo adonde ir.

El uruguayo es un cuento gigantesco, maravilloso. Algo difícil de presentar, como todo lo que no tiene límites. Pero podéis ir allí, no exagero, ya veréis. Y no olvidéis la goma, para borrar todo el texto a medida que lo leáis, como pide muy inteligentemente Copi, lo que obliga a comprar de golpe diez ejemplares de *El uruguayo* para asegurarse diez lecturas (un primer estadio). Diez lecturas y cada vez un libro bien nuevo. La gran vida.

MICHEL COURNOT

*Al Uruguay, país donde pasé los años capri-
tales de mi vida, el humilde homenaje de este li-
bro escrito en francés pero pensado en uruguayo.*

A Roberto Plate

Querido Maestro:

Sin duda le sorprenderá recibir noticias más desde una ciudad tan lejana como Montevideo. La razón por la que me encuentro aquí, confesémoslo de entrada, se me escapa. Si me permito dirigirle esta carta, sin duda irritante, es más por ser leído por usted que por lo que le voy a contar: no le ofenderé pensando que mi historia le interesa más que a mí. Le estaré, pues, muy agradecido si saca del bolsillo su estilográfica y tacha, a medida que vaya leyendo, todo lo que voy a escribir. Gracias a este simple artificio, al término de la lectura le quedará en la memoria tan poco de este libro como a mí, puesto que, como probablemente ya habrá sospechado, prácticamente ya no tengo memoria. Le imagino dudando, con su estilográfica en la mano, al ver que la frase anterior presenta varios ejes a partir de los cuales puede empezar a tachar; yo dudo como usted. Dejo esta decisión a su libre albedrío. Escribiendo me doy cuenta de que ciertas frases me quedan extrañas, como esta última (dejo esta decisión, etc.) sin duda porque, en los últimos tiempos, he practicado mucho más la

lengua que se habla en este lugar que el francés y probablemente volver a un lenguaje normal me es más difícil de lo que creía. Le ruego, pues, que excuse alguno de mis giros. El país se llama República Oriental del Uruguay. Y el Uruguay, siendo naturalmente un río que está al oeste de la República, es un nombre que, en indio, podría traducirse por la República (URU) está en Oriente (GUAY). Aquí tiene la primera cosa rara. La segunda es ésta: la ciudad se llama Montevideo y ellos te explican tranquilamente que eso en portugués quiere decir: vi el monte.¹ Sigo escribiendo y doy por supuesto que leyó y tachó esta llamada, lo que no siempre es seguro, ya que hay un tipo de lectores —lejos de mí el censurarlos— que leen al final de la página todas las llamadas a la vez. Estoy seguro que le habrá molestado que emprendiera solo tan largo viaje. Debería, lo sé muy bien, haberle llevado conmigo en lugar de huir como un ladrón. Ya está hecho y aprovecho para confesarle que lo que me asqueaba de usted (y lo que habría hecho insoportable su compañía en este viaje) es su manía de detenerse a cada momento para tomar notas de lo que ve, como en nuestro viaje a Normandía al término de mis estudios. Antes lo toleraba, ahora eso francamente me tocaría los huevos. Tache con rabia. Al entrar en el puerto no dejas de ver el monte que domina la ciudad. Es una convención: el monte no existió nunca. La mierdecita de perro que llevaba conmigo no dejó de gritar junto a los otros turistas: ¡Montevideo! al ver no sé qué naranja que flotaba entre dos aguas igual de aceitosas. Sé que aquí ha tachado con melancolía. Naranja entre dos aguas aceitosas... y se imagina ya el monte y se dice: es como si realmente lo hu-

1. «Vide o Monte», pues, aun aceptando explicación tan delirante, la ciudad debería llamarse Videomonte y no Montevideo.

biera visto. ¡Ah, cómo sigo el ritmo de su estilográfica cuando tacha mis frases, Querido Maestro! Lloro, viejo boludo, no estaré más contigo. No impide que Montevideo sea agradable. Las calles, los espacios verdes, la arena, el mar. No tengo más ganas de escribir. Me desalienta estar tan lejos de usted. Nunca sabré en qué momento leerá estas palabras ni dónde estaré yo entonces. Prométame que hasta ahora lo tachó todo. Hasta mañana y a sus pies. Copi. Hoy no tengo ningunas ganas de escribirle. Voy a pasarme por las dunas con mi perro Lambetta, lanzaré trozos de madera seca entre las olas y él estará encantado de ir a buscarlas y devolvérmelas bien mojadas. Somos bastantes los que hacemos esto, pero es tan grande el espacio, que no nos molestamos entre nosotros. Los perros nos molestan únicamente cuando, justo a nuestro lado, se sacuden el agua que les ha quedado adherida en el pelaje; yo no sé si ha estado alguna vez al lado de un perro mojado que se sacude, es como una lluvia tan alegre como molesta; te hace ponderar el contrapeso del placer que experimentamos al lanzar un trozo de madera entre las olas. Les gusta también un juego muy singular que consiste en correr a lo largo de la línea de demarcación entre el mar y la arena, ora mojándose las patas, ora hundiéndolas brevemente en la arena que se adhiere a dichas patas gracias al agua de la que están mojadas, arena que el agua del mar lava apenas la han rozado, y así sucesivamente, a veces en parejas (los perros) y a veces solos. Pero aquí me detengo porque esto deviene rápidamente sistemático. Usted me dirá ahora: olvídense de los perros, siéntese sobre una duna, encienda un cigarrillo haciendo paraviento contra el viento con las manos en bocina y piense en otra cosa. Sospecho que usted tuvo un perro en su juventud, es una idea típica de un amo de perro, Maestro. Pelotudo. Sospecho que incluso va a tachar to-

dos los insultos de esta carta antes de releerla. No le va a quedar nada de ella, sabe usted. Pelotudo. Taché yo mismo todo lo que sigue a la palabra Copi. No encontré mi lenguaje de ayer. Voy a pasearme. Aquí las gentes están dispuestas de manera diferente según los barrios (un barrio se llama un *cuarto*, que quiere decir también dormitorio). Hay *cuartos* en los que no hay ni casas y que me parecen los más interesantes, ya que la disposición de las gentes (gentes: *juyo* en uruguayo) parece la más movable. Cada persona ocupa un lugar en un barrio cualquiera de la ciudad, pero sus lugares varían considerablemente de dimensión. Por ejemplo un árbol puede ser un lugar lo mismo que un metro cuadrado de acera, dos metros cuadrados de acera, una plaza en un automóvil, e incluso un caballo entero o parte de ese caballo; en fin, todo puede ser un lugar desde el momento en que ellos pueden darle un nombre. Y eso no les cuesta nada, créame. No paran de inventarse palabras que les pasan por la cabeza. Si uno de ellos me viera escribir en este momento (para escribir me escondo), podría inventar una palabra con la que nombrar mi cuadero, mi estilográfica y a mí mismo (digo podría, pero estoy seguro de que lo haría) y esa palabra se convertiría automáticamente en un lugar que él ocuparía en el acto, dejándome, en cierta forma, fuera. Un lugar se ocupa o bien físicamente (en el caso que acabo de citar esto habría sido imposible, evidentemente) o bien sintiéndolo. Hay una palabra para decir me siento en mi lugar y ésta es precisamente el nombre de la ciudad: Montevideo. A veces se encuentran en situaciones totalmente ridículas, por ejemplo en el caso en el que varios de ellos gritaran a la vez ¡Montevideo! Eso, para ellos, define un barrio y se ven obligados a explicar el lugar de cada uno para poder inmediatamente delimitar el barrio. La mayoría de las veces sus

discusiones no conducen a nada (sospecho que mienten bastante a menudo, a pesar de que la palabra mentir no existe en su vocabulario) (de hecho no se sirven nunca de ningún verbo) puesto que todos dicen siempre tener un lugar más grande (*imponente*) que el de su vecino, es decir, que su lugar comprende mayor número de elementos (por ejemplo un pan, una mesa, una silla y un tenedor) que otro lugar que no tendría más que la mitad del pan (a menudo, además, la del vecino), un tenedor torcido y una pequeña punta de salchicha (la llaman *sassasa*), mientras que un tercer vecino dice que su lugar comprende un pan, la mitad del pan (que ya se encuentra en litigio), el tenedor, la mitad de ese tenedor, un salchichón, un azúcar y un jaralín, pongamos por caso. Incluso una vez escuché a uno que afirmaba que su lugar comprendía el mar y la tierra, discutiendo con otro que aseguraba que su lugar comprendía todos los mares y todas las tierras, a lo que el primero respondió: ¡*papa!*, que en uruguayo quiere decir (lo supe más tarde:) la tierra (comprendiendo la tierra y todos los mares y todas las tierras), mientras que un tercero que hasta entonces había estado callado gritó de pronto: ¡sistema solar! y un cuarto, en el mismo instante, dijo: ¡*sisssss!* (sistema en uruguayo). Ellos consideraron evidente que había sido este último el que había ganado el barrio y los otros tuvieron que mudarse al campo. El que gana un barrio queda confinado en él para siempre, a menos que consiga escaparse, lo que es extremadamente difícil. Lo que más me molesta de ellos es que no huelen. Lambetta se siente perdido. Como no tiene nada que olfatear, finge que olfatea la arena y se inventa olores. Esto lo hizo los primeros días, porque ahora me parece que ya no se acuerda de lo que es un olor, ya que no olfatea nada y el pobre se contenta únicamente con lo que ve, como la punta de madera

que va y viene en su boca y en el aire indefinidamente entre mi mano derecha y el mar. No debí nunca llevar a mi perro conmigo, se siente muy desgraciado. Debería haberse lo dejado a usted para que me lo guardara, Maestro. Hay tantas cosas que degustar con el olfato en su casa, su vieja ropa, sus pedos, su balcón, la madera de su mesa, su propio olor, sus coles impregnándolo todo de ese olor imperceptible que destilan mientras usted toma las últimas notas de una tranquila jornada de otoño, con su apetito abriéndose cada vez más, como una col, dentro de su estómago y con la saliva suelta en su boca cerrada. Le habría estado incluso agradecido, mi pobre Lambetta, si hubiera podido laméle la mano izquierda sin impedirle esto escribir con la otra mano. Para ellos yo no soy nadie o casi nadie. Entre ellos ocurre lo mismo. Viven con el terror de que alguien deje de gritar Montevideo cuando lo gritan, pues se arriesgan a encontrarse con un barrio bajo el brazo, lo que para ellos es un deshonor, pues en ese momento cualquiera podría tomarlos como lugar, ya que se los considera muertos. Solamente (y esto es realmente delirante) pueden ser tomados enteros, nunca por partes. Si el barrio (es decir, el muerto) comprende un perro, una casita, un jardincito, una vajilla y quizá la muerte misma, nadie puede agarrar la vajilla o el jardincito, etc., y dejar el resto, tiene que agarrarlo todo. Los lugares, a medida que la gente muere, se van haciendo cada vez más raros y complejos y hay lugares (muertos) que comprenden centenares de lugares (muertos) y nadie quiere agarrarlos a menos que se vea realmente forzado a ello, pues corre el riesgo de tener un barrio y por consiguiente estar muerto (!). Los viejos son los que generalmente están muertos más veces, aunque conocí a un niño de siete años que estaba muerto cuarenta y siete veces, aunque hay que decir que no tenía aire de buena sa-

lud. Es una especie de héroe nacional, por lo que comprendí, pues está siempre sentado sobre el pedestal de una estatua en posición de estar por jugar al boliche y los transeúntes le aplauden cuando pasan por el lugar: una plaza (la estatua, es decir el niño, está justo en el centro de la plaza), y cuando, en mi pésimo uruguayo, pregunté a un transeúnte por qué aplaudían, me respondió *niño rico-ríco*, que quiere decir este niño es muy rico, lo que significa que es el propietario de numerosos barrios y, por tanto, una esperanza para el país, puesto que (ésta es su religión) ellos esperan que uno de los suyos llegue un día a ser propietario de todo el Uruguay. Lo que, sin duda, les ahorraría muchas preocupaciones. No les falta cierta elegancia en alguna de sus costumbres. Por ejemplo la ceremonia en la que exorcizan sus dobles. Es ésta su única distracción y uno de los raros momentos en los que les he visto, si no reír, al menos sonreír juntos. La cosa va así: se reúnen de diez a quince (el número poco importa) y delimitan con un trozo de madera dibujando en la arena (prefieren las dunas) lo que ellos llaman el *mapamundi*, es decir, el primer dibujo que se les ocurre. Después se colocan en el interior de la manera que les parece más adecuada a su estado de ánimo, por ejemplo uno se convierte en una cantante muda de ópera (es decir, no importa qué) y abre la boca con los brazos en cruz en un lugar cualquiera del dibujo, un segundo se convierte en dentista pensador, es decir que mira el interior de la boca del primero con aire concentrado, un tercero se convierte en reidor, es decir que mira a los dos primeros estallando de risa cada vez que su mirada va de uno a otro, un cuarto se convierte en tosedor, es decir que tose cada vez que el tercero ríe, un quinto golpea la espalda al cuarto cada vez que éste tose, un sexto sodo-miza al quinto (sí, ha leído usted bien), un séptimo señala

con el dedo (al sexto y al quinto) con aire reprobador, un octavo señala al séptimo repitiendo indefinidamente moralista, moralista, un noveno lo mira todo (los ocho primeros) a cierta distancia sin expresión particular y un décimo hace la limpieza, es decir que sacude el polvo (a los nueve restantes) sirviéndose de un plumero o de un trapo húmedo. Y ahí comienza la distracción. Cuando uno de ellos tiene un momento de distracción (es fácil distinguirlo una vez que estás habituado al juego), los nueve restantes rién. Explicado de esta manera, parece un juego idiota, pero jugarlo resulta bastante divertido, sobre todo cuando los momentos de distracción se prolongan varios minutos. Yo mismo he jugado bastantes veces y me he divertido mucho; así como mi perro, que adora el juego, ya que gana casi siempre al ser poco distraído de naturaleza. Los uruguayos pronuncian una media de tres palabras por día,¹ algunos pronuncian siempre la misma palabra, otros son resueltamente mudos. Cuando dos de entre ellos pronuncian habitualmente la misma palabra (poco importa de qué palabra se trate) se convierten en *hermanos de sangre*, es decir, que pertenecen a una formación política y son fusilados de inmediato. Éste es el origen, creo, de su manía de inventar palabras cada vez más complicadas. Hace poco tuve un incidente extremadamente molesto que ilustra bien esta manía. Entré en un estanco con mi perro. Había entrado para comprar cigarrillos y mi perro lo había hecho por acompañarme (es poco fumador). No recuerdo qué es lo que iba a contarle. Ah, sí. Pido cigarrillos y un segundo uruguayo que había entrado detrás de mí pronuncia al mismo tiempo que yo «pitillo» (polla. Cigarillo y polla tienen el mismo nombre. De hecho, lo que quería él era

1. ¡Y gracias!

acostarse con la señora del estanco, una negra que, por cierto, no estaba nada mal). La señora del estanco se queda estupefacta. Yo miro a mi compañero de palabra, que, confundido, deja caer su dentadura al suelo. Me agacho para recogerla. Él también se agacha y toma a mi perro en brazos (más tarde me pareció entender que creía que yo quería cambiar su dentadura por mi perro). Nos miramos los tres, la señora con un paquete de gauloises en la mano, él con mi perro en brazos, yo con la dentadura agarrada con la punta de los dedos. ¿*Pitillo?*, dice al poco rato la señora, en tono desconfiado. No me atrevía a decir palabra por miedo a que el otro pronunciara a la vez la misma palabra y entonces sí que la liábamos del todo. ¿*Pitillo?*, repitió la señora, a lo que yo me puse a reír de un modo forzado repitiendo «no pitillo, no pitillo», pero veía que el otro uruguayo, pálido como la cera, miraba de reojo. La señora se puso decididamente agresiva: ¿*Hermanos?* ¿*Hermanos?* nos dijo señalándonos con el dedo, primero a uno y luego a otro. «No, no, no *hermanos*», dije. Tras esto salí del estanco haciendo crujir la dentadura y me alejé sin volver la cabeza. Un minuto después mi perro se reunía conmigo. ¡Con un ojo reventado! ¡Esos cerdos le habían reventado un ojo! ¿Quién lo habría hecho? ¿La señora, el cliente sospechoso o los otros clientes del estanco? Nunca podré saberlo. Seguramente forzaron al cliente sospechoso a reventar el ojo de mi perro. Pobre hombre. Todavía tengo su dentadura en el bolsillo. Quién sabe si encima no lo fusilaron. Y si mi perro vive todavía es porque debieron pensar que verlo con un ojo reventado me apenaría más que verlo muerto (saben que los extranjeros temen más las mutilaciones que a la muerte) y doy gracias al cielo por ello. Ahora le dejo, querido Maestro, hasta mañana, pues mi perro está a punto de mordirme los dedos de los pies, lo

que para él quiere decir: es tarde, vamos a dormir; y desde que es tuerto no me atrevo a contrariarle. Me ha obligado incluso a comprarle para el ojo una venda negra que, todo sea dicho, le sienta la mar de bien. Los perros son de una coquetería que desarma. Hasta mañana, viejo boludo. Buenos días, pelotudo. Espero que haya tachado todo lo anterior, sobre todo la historia de la venda y del perro, no vaya a enternecerse con eso, viejo boludo. Ciao, Maestro, hoy no tengo ganas de escribirle. Hola, Maestro. Di una vuelta rápida por la playa y perdí a mi perro. Hizo un pozo en la arena cavando con las patas delanteras y lanzando la arena detrás de él entre las patas traseras (los perros hacen esto bastante a menudo) de modo que delante de él el pozo se fue haciendo cada vez más profundo y detrás de él una montaña de arena aumentaba paralelamente de volumen. Me distraje dos segundos y cuando volví a mirar vi que la montaña de arena se había hecho enorme. Me acerqué: el pozo no tenía fondo y mi perro había desaparecido dentro. Lo llamé a voz en grito, pero no ha habido nada que hacer. Da igual, compraré otro. Los perros uruguayos no son más tontos que los occidentales. Volviendo de la playa me di cuenta de que las calles habían cambiado de sitio, bueno, no exactamente eso, se lo explicaré. La arena ha invadido ciertas calles (el viento aquí no cesa nunca y las dunas no paran de cambiar de lugar) y ha situado ciertas casas, que se hallan casi cubiertas de arena, en medio de lo que había sido una calle. Al intentar encontrar mi camino tropecé con una rama: era la copa de un árbol de cinco metros (la reconocí por la disposición de tres nidos de pájaros en los que anteriormente había reparado). Golpecé la ventana de la tercera planta de una casa para pedir información: sin respuesta. Por todas partes hay chimeneas, ramas, los pisos más altos de las casas más altas, incluso una

carrocería de automóvil (me pregunto cómo habrá llegado hasta aquí), pero ni un alma viviente. Habría podido pensar que era el único superviviente de una catástrofe nuclear y que había salvado milagrosamente la vida al hallarme en la playa en el momento de la explosión, pero eso tiene poca lógica. Una explosión nuclear, si no recuerdo mal lo que leí en los periódicos franceses, lo arrasa casi todo, pero no deposita arena sobre toda una ciudad. Además, habría oído el ruido de la explosión. ¿Una especie de tornado, quizá? En cualquier caso estoy contento de haber encontrado milagrosamente intacta mi buhardilla (aunque la arena llega hasta el borde) y de haber hallado en ella la carta que he comenzado a escribirle y que confío en que fielmente haya tachado hasta aquí. ¿Ve como tenía razón al pedirle que tachara todo?: el Uruguay ha cambiado de repente tanto que lo que hasta ahora le he contado ha quedado caduco. Ahora (llamemos a las cosas por su nombre) me encuentro en medio de un desierto de arena dominado por un monte igualmente desierto. Roí algunos huesos de mi pobre perro muerto, a pesar de que no tenía tanta hambre. No tengo ninguna sed. Me voy a dormir, aquí no hay gran cosa que hacer. Hasta mañana, viejo. Hola, viejo. Di una vuelta por la ciudad y fui a la playa con la vaga esperanza de encontrar a mi perro.¹ Hice un castillo de arena al lado del agujero en el que él se hundió y coloqué sobre la torre una pequeña bandera que confeccioné con una rama y uno de mis calcetines tricolores. Esto le habría gustado bastante, pienso. Cuando volvía encontré un cadáver, el de la señora negra del estanco, desnuda con tacos altos y un tajo en el cuello. Al principio pensé enterrarla en la are-

1. Los límites entre la playa y la ciudad son, en la actualidad, imaginarios, obviamente.

na, pero me pareció ridículo que estuviera enterrada a un metro del suelo cuando todos sus conciudadanos estaban sepultados a diez o quince metros y opté por dejarla ahí. Por pudor eché dos puñados de arena sobre su sexo entreabierto. Traté de imaginar cómo era la ciudad antes de la catástrofe, pero es casi imposible, vistos los pocos puntos de referencia que tengo: estatuas, árboles, tejados de los edificios más altos, algunos pararrayos. Como no tengo nada que hacer, y para pasar el tiempo, dibujé en la arena con un trozo de madera el lugar de las aceras, de las calles, de las casas, de los peatones, de los perros, de los autos, y circulo únicamente por las calles y las aceras. Cada vez que encuentro un peatón (están bastante bien dibujados, teniendo en cuenta que los veo desde arriba) digo buenos días señora, buenos días señor o bien qué bonito perro tiene usted. Tuve incluso una conversación muy animada con una señora a la que elogí su escote y que me sonrió (tuve que imaginar su sonrisa ya que su sombrero la cubría totalmente). Para atravesar las calles me deslizo entre los autos y tuve la mala suerte de tropezar con un parachoques que casi borré y que tuve que volver a dibujar. Hoy sopló un viento ligero que borró un poco mis dibujos de ayer y como no tenía demasiadas ganas de volver a dibujarlo todo escribí el nombre de cada objeto o persona con grandes caracteres sobre ellos. Por ejemplo, escribí auto sobre los autos, Mimi sobre el sombrero de la señora que me había sonreído, las acacias sobre una casa, roble sobre un árbol, etc. Tuve algunas dificultades con las manzanas de casas que contienen numerosos detalles en el dibujo y dudé entre escribir en caracteres muy muy grandes (arraigando un tronco de árbol) «manzana de casas» sobre una manzana entera de casas, lo que habría borrado muchos detalles, o bien escribirlo muy pequeño en una esquina.

Estaba sentado en el suelo reflexionando sobre este problema cuando vi a mi izquierda, medio cubierto de arena, un pollo asado. Inútil decirle que no desperdicié la ocasión (he pasado seis días sin comer) y corrí hasta el mar para lavarle un poco la arena. Lo devoré incluso antes de que saliera del mar, entre las olas. Eso me levantó un poco la moral y caminé a lo largo del mar hasta la tumba de mi perro para recogerme un poco. ¡Sorpresal! El hoyo se ha ensanchado considerablemente, ahora tiene casi cincuenta metros de diámetro y está lleno hasta el tope de pollos que hacen un ruido infernal. Naturalmente los que están encima se salvan del pozo y corren hacia... iba a decir la ciudad, en fin, hacia mi dibujo. Miré durante horas ese pozo de pollos que me parece inagotable. He aquí resuelto, al menos temporalmente, mi problema de alimento. Esta raza de pollos vive y muere a una rapidez extraordinaria. Hay quienes se convierten en pollos asados, en pollos fríos e incluso en caparzones de pollos antes de salir del pozo y son pisados por los otros (es bastante desagradable, debo decirle). Los que consiguen salir vivos se precipitan hacia la ciudad poniendo huevos cada tres o cuatro metros sin detenerse ni tan siquiera para mirarlos. Vi un pollo convertirse en pollo asado a poco más de tres metros del hueco del que acababa de salir. En cuanto a los huevos, reventan al momento y sale un pollito que corre a toda velocidad hacia la ciudad. Algunos huevos, reventando, descubren un huevo frito que se menea durante algunos instantes como una ostra y después muere. Esta banda de puercos ha dejado mi ciudad en un estado repugnante en menos de tres horas. Dos huevos rotos sobre el sombrero de Mimi, las aceras cubiertas de mierda, caparzones podridos en los nidos que yo había dibujado en los árboles. Hasta mañana, viejo boludo. Hola, pelotudo. Esta maña-

na un yate de turistas argentinos varó en la orilla. Me preguntaron si necesitaba algo, respondí que no. Cuando se fueron me di cuenta de que podría haberles dado esta carta, pero ahora ya es demasiado tarde. El mar ha avanzado casi un kilómetro. Tuve que correr para no ser atrapado por las olas. Los pollos flotan entre ellas y parecen más contentos, mucho menos presurosos e histéricos que ayer. El mar ha tardado tres días en retirarse calmadamente, llevándose con él toda la arena, y la ciudad de Montevideo está todavía ahí, cubierta de cadáveres. Ayer tarde oí el ruido de un motor, salté de mi cama y miré por la ventana: era un camión de la Municipalidad que venía a llevarse los cadáveres. Me horrorizó la idea de ser colocado en el camión junto con los otros y pasé el resto de la noche escondido bajo la cama pese a que no les oí entrar en la casa. Cuando finalmente me dormí, tuve un sueño raro que más tarde le contaré pues el despertar fue mucho más interesante. Mi habitación estaba literalmente invadida por militares, algunos sentados sobre mi cama, otros caminando de arriba abajo entre el lavabo y el armario, chocando a veces con las paredes, incluso había cuatro sentados sobre el armario y dos en su interior; todos fumaban grandes habanos y no cesaban de hablar al unísono. Tímidamente salí de debajo de la cama y se callaron. Vinieron a estrecharme la mano uno tras otro, algunos me dieron hasta besos en las mejillas. Entró una niña de unos seis años con mi perro disecado en brazos y me lo dio. En cuanto lo agarré se marchó en silencio. No entendí absolutamente nada de la ceremonia ni tampoco cómo encontraron el cadáver de mi perro, ni por qué me lo daban. En cualquier caso parecían tan cordiales que pensé que no debía inquietarme; coloqué a mi perro disecado encima de la chimenea, fui al baño y salí a la calle como todos los días. Esto

no cambió tanto en relación con lo que era antes de la catástrofe, a excepción de que toda la gente está muerta y disecada. Usted me dirá que ésta es una diferencia notable, pero como nunca tuve verdaderas relaciones con ellos, al cabo de cinco minutos me habitué perfectamente. Debo decirle que la manera en que están colocados es bastante grossera (¡tan meticulosos como eran en la elección de sus lugares!), se ven a veces montañas de cadáveres en la esquina de una calle, algunos sobre un coche, incluso vi algunos pegados en los árboles, y los que están colgados de las ventanas están a veces colocados del revés, es decir que lo único que se ve desde la calle son sus piernas y zapatos. Se diría que este trabajo se ha hecho con prisa y sin convicción. Al llegar al estranco (la señora negra estaba disecada acostada sobre el mostrador) tuve la sorpresa de encontrarme a la niña que un momento antes me había dado el perro, que, al verme, fue presa de una crisis de risa loca y se escondió detrás del mostrador. Agarré un paquete de gauloises y dejé un franco cincuenta (tres pesos diez) sobre el vientre de la señora negra, después salí y fui hacia la playa (hace un tiempo espléndido). Allí encontré a mis amigos militares de esta mañana ocupados en medir el pozo de pollos (el que había sido la tumba de mi Lambetta) con cuerdas. Me recibieron con signos de alegría y me ofrecieron cigarrros. Los rechacé cortésmente y parece que esto los divirtió pues empezaron a revolcarse de risa, sobre todo cuando me vieron encender un gauloise. Cuando se calmaron un poco pregunté: «*Por qué catástrofe?*», señalando el pozo. Se pusieron blancos como la nieve. Finalmente uno dio un paso hacia adelante y susurró a mi oreja: «*Yo soy el presidente de la República Oriental del Uruguay*» y agarrándome del brazo me llevó hacia el mar. Al llegar a la orilla se desnudó cuidadosamente doblando su ropa y co-

locándola sobre la arena. Me pareció que yo tenía que hacer lo mismo. Cuando nos quedamos los dos desnudos, los restantes, que se mantenían prudentemente a distancia, se pusieron a aplaudir y a gritar «*viva el diálogo*», a esto saludamos militarmente y entramos en el mar. A cada ola el presidente gritaba «*viva la mar*» y me pareció que yo tenía que hacer lo mismo. A cada una de nuestras exclamaciones los otros aplaudían desde la orilla. Cuando dejamos atrás las olas (el presidente nadaba como una foca haciendo con la boca un ruido bastante desagradable) me dijo en el tono más natural del mundo: «*¿usted presidente?*», yo contesté «*no presidente*», entonces me miró fijamente con sus ojos de foca: «*¿por qué?*», me dijo. «*N'est pas président qui veut*», le respondí yo. «*Macanass!*»,¹ me contestó en tono apremiante. Este diálogo me pareció perfectamente estúpido y me disponía a ganar de nuevo la orilla cuando oímos el zumbido de un avión. Alcé la cabeza. En ese momento el avión lanzó una bomba sobre los militares que se habían quedado en la playa. El mar producía olas en sentido contrario que estuvieron a punto de arrastrarnos demasiado lejos para poder regresar. Alcanzamos la orilla sofocados para encontrar un montón de cadáveres carbonizados sobre la arena negra. Haciendo un saludo militar, el presidente se fue parando delante de cada uno de ellos pronunciando la palabra «*militar*» en tono solemne, después se vistió lo mejor que pudo, pues su ropa estaba medio quemada (la mía también, pero me pareció que la situación era más embarazosa para un presidente que para mí), finalmente me dijo, poniendo una mano en mi hombro: «*racconta-me tutto*». Intenté hacerlo lo mejor que pude, comenzando por lo de mi perro cavando el pozo en la are-

1. Tonterías.

na. «*¿Quién culpable?*», me preguntó cuando terminé de hablar. «*No sé*», le contesté. «*Bravo!*», gritó, besándome en las mejillas cuatro veces seguidas. Tras esto entró vestido en el mar y se puso a nadar; no se había alejado ni cien metros cuando oí el ruido del avión, levanté la cabeza y poco después ¡boom! de lleno sobre la cabeza del presidente, del que no quedó más que una gran mancha roja en el mar. En ese momento comencé a hacerme preguntas o más bien una sola pregunta: ¿por qué era yo el único superviviente del Uruguay? Apparently estaba también la niña, pero pronto aclaré este punto: al entrar en mi casa la encontré con el vientre abierto sobre mi cama. Hasta mañana, Maestro. Buenos días, Maestro. Ni un alma viviente. Pasé el día recorriendo la ciudad en todas las direcciones con un jeep militar que encontré estacionado frente al estanco (¿quién lo dejó allí?). En la caja de... (iba a decir la caja de guardar los guantes, pero los jeeps tienen una especie de agujero muy corto en el sitio de la guantera) encontré una foto del presidente con la niña (sólo la mitad de la cabeza de la niña entra en la foto) riendo y mirando al objetivo. El presidente tiene un ojo negro y la niña va maquillada como una puta. Con el jeep subí por primera vez al monte y lo encontré mucho menos interesante de lo que pensaba: es una montaña de tierra dura sin un matarral ni una piedra. En la cumbre (es el único detalle interesante del monte) está el avión que nos bombardeó ayer, entré en él y está absolutamente vacío, ni un asiento, ni siquiera motor. Esto me asustó, a pesar de que estoy convencido de que tarde o temprano hallaré una explicación razonable a todo. Esta noche dormí en el hotel más grande de la ciudad, el Montevideo (no quiero acostarme en mi cama desde que en ella encontré el cadáver de la niña a la que, por cierto, enterré), en una habitación que hallé casi

vacía (había tan sólo un cadáver, en la bañera, pero cerré con llave la puerta del baño, así como la que da al pasillo). Me desperté bastante tarde, leí periódicos viejos que encontré en la recepción, hice café en las cocinas, comí tostadas con mermelada de naranja y bacon que encontré en bastante buen estado en los frigoríficos. Me pasé a pie por la ciudad mirando los escaparates (estoy en el centro de la ciudad, bastante lejos de donde vivía antes) y escogí un bonito traje colonial con botones nacarados que pagué cuidadosamente antes de ponérmelo. Esta vida es mucho menos monótona de lo que usted pueda creer. Se puede leer, escuchar música, pasear e incluso beber y cantar a todo pulmón sin que nadie te moleste. Desgraciadamente echo en falta un poco el sexo, pero no se puede tener todo. Me proyecté incluso un film ayer noche antes de ir a dormir en el cine más grande de la ciudad (el Montevideo), *Hello Dolly*, no gran cosa, aunque la vedette es bastante deslumbrante. Tuve la curiosidad de saber si quedan peces en el mar (no hay un solo pájaro) y me alejé en una barca de motor. Todo inútil, ni un solo pez. Cuando se agota la gasolina de un coche, agarro otro. Carezco de electricidad, me falta desde hace varios días, pero me alumbro con cerillas, hay suficientes en la ciudad como para que no me falten en el resto de mis días. En cuanto a las provisiones, encontré millares de jamones en los mataderos y siempre puedo comer verdura, que continúa brotando, me pregunto por qué. Mi único miedo en los primeros días ha sido el de que los cadáveres comenzaran a pudrirse; lo que me habría hecho imposible la vida en la ciudad (habría sido imposible enterrarlos, dado el número), pero parecen tan bien disecados que creo que en este sentido no tengo nada que temer. Ahora voy a confesarle algo que no le habría confesado si pensara que usted va a leer esta carta (en la situa-

ción en la que me encuentro es imposible que alguna vez lea usted esta carta), pues bien: hice el amor con la señora negra sobre el mostrador del estanco. No sobre el mostrador, afuera, instalé un colchón en medio de la calle (me daba mucha risa la idea de que los transeúntes pudieran vernos) y le hice el amor al claro de luna, después de haber bebido champán que incluso llegué a deslizar sobre sus senos y que bebí en su ombligo (tiene un ombligo bastante profundo). La dejé en medio de la calle, por si tengo ganas de volver a verla. He organizado mi vida con horarios precisos. Despertar a las diez, a continuación footing hasta el mediodía. Almuerzo solo en el Plaza leyendo periódicos viejos, después visito algunos lugares turísticos (la estatua de San Santo, los jardines de Doña Marones), más tarde hago un poco de shopping, entro en mi hotel para arreglarme un poco y ceno en el Plaza o en el Jockey Club, después voy a beber un whisky a alguna boté y al final de la velada regreso a casa o voy a ver a la señora negra del estanco (mirando en su bolso descubrí, no sin gran placer, sus documentos: se llamaba Voom-Voom Pérez). Nunca dejo de llevarle algún pequeño regalo: un par de medias de seda o una caja de música. Para Navidad tengo la intención de regalarle un abrigo de visón que ya elegí de un escaparate. Usted me dirá: ¿cómo se las va a arreglar para saber que es Navidad? Y es ahí donde puedo contestarle: usted no ha entendido nada de mi relato: Navidad llegará cuando yo lo decida, eso es todo. Estos últimos días he tenido la idea de un juego que será, creo, el artificio gracias al cual mis últimos días, si es que mis días van a terminar aquí, se salvarán del aburrimiento: me gato bromas a mí mismo. Fui a buscar a mi perro Lambetta a la otra punta de la ciudad (en la pobre habitación en la que vivía antes) y lo coloqué sobre el pedestal de la estatua de San Santo,

en cuanto a San Santo lo vestí de Madame Pipí y lo senté a la entrada del urinario del metro. En el interior del mal-dito avión coloqué una mesa Knoll que compré en las Galerías Montevideo y sobre la mesa puse un cepillo de dientes y un guante (sé que esto es un poco surrealista pero me divierte, por otra parte aquí me río de las modas); le corté un pie a la señora negra y me lo guardé en el bolsillo (imagine la sorpresa que me llevé al meter la mano en el bolsillo para agarrar el mechero), pinté de rojo uno de mis zapatos así como uno de los del conserje del hotel y cada vez que entro miro su zapato, después el mío, con aire de aturdido, después paso delante de él más tieso que un palo y cuando entro en mi habitación estallo de risa. El juego, para ser divertido, debe hacerse más complicado cada día. Ayer me disfracé de inspector de policía (cambié mi ropa por la de un auténtico inspector de policía y entré en un almacén de ropa a controlar todos los precios). Puse un peso sobre un vestido de imitación Dior, dos mil pesos sobre un pañuelo de tela de yute, etc. Seguidamente encarcelé a dos de los empleados y a un maniquí de cera del escaparte. Los condené a muerte y después los perdoné, aunque de ahora en adelante no podrán volver a hablarse entre ellos. Me llegan, es cierto, momentos en los que me muero totalmente de asco. Me quedo tres o cuatro días en la cama mirando el techo, a pesar de que es bastante feo debido a las manchas de humedad inevitables en este país. Pienso en las diferentes posibilidades de bromas que me quedan por hacer y que, después de todo, son bastante limitadas. A fuerza de quedarme acostado mirando al techo me han pasado cosas bastante raras por la cabeza. Paso a contárselas: anteayer pensé en una vaca con tal fuerza que acabé viendo la palabra vaca escrita en grandes letras de neón en la pared de enfrente de mi hotel. En este momento el

neón está apagado, pero sigue ahí. Hice circular un coche tan sólo pensando en el movimiento del coche y en el coche al mismo tiempo; iba a tal velocidad que tuve que correr al lado del coche hasta que se estrelló contra un árbol que no había previsto. Todos estos poderes raramente los utilizo para servirme la mesa o rascarme la espalda porque normalmente me ocupo yo mismo de todas las tareas utilitarias para mantenerme en forma, pero estoy muy contento de las posibilidades que se abren ante mí gracias a lo que yo llamo, ruborizándome, mis pequeños milagros, puesto que si tengo que terminar aquí mis días siempre es tranquilizador saber que cuando ya no tenga fuerzas para ir a buscar remolachas al campo podré siempre tenerlas en mi mesa sólo pensando en remolachas, en mi hambre y en mi plato al mismo tiempo. ¡Pensar que me han llegado poderes de brujío justo en el momento en que esto no puede servirme de nada en esta mierda de país sin ni tan siquiera un gato para aplaudirme! Pero la vida quizá sea siempre así: todo te llega a destiempo y sin explicación aparente, y me digo que, después de todo, usted es quizás en este momento tan desgraciado como yo por razones tan raras para usted como mi situación lo es para mí. Sorpresa: la gente se ha puesto a resucitar. El primero al que vi me dejó atónito, se lo aseguro. Vi un cadáver ponerse a bostezar como si se despertara (el del vendedor de periódicos que tengo la costumbre de ver en un ángulo del Palazzo Salvo con lo que le queda de sus periódicos, tres o cuatro pedazos de papel desgarrados por el viento y amarillados por el sol en su puño cerrado). Al principio no pude creerlo y pensé que era uno de esos milagros que hago en estos últimos tiempos, pero no, el tipo estaba bien vivo y después de bostezar y de frotarse los ojos miró los pedazos de papel viejo que tenía en la mano y me miró y me di cuenta de

que pensaba que yo le había robado sus periódicos mientras él echaba una siesta. Eché a correr a toda velocidad, no por miedo al tipo sino por la explicación que iba a seguir a esto, ¿cómo iba a crearme si le cuento que ha estado muerto más de tres años? Tras trescientos metros de carrera a pie vi a una mujer que alzaba la mano hacia mí gritando ¡taxi!, ¡taxi! Por un reflejo instintivo de miedo (lo confieso) giré a la derecha y me perdí en una callejuela desierta de la que conocía de memoria hasta el más pequeño escondrijo. Al saltar detrás de un gran cubo de basura, la tapadera se levantó y un tipo saltó fuera y me estrechó las manos. Y así sin parar. De golpe comprendí que su resurrección tiene una relación directa conmigo, aunque me pregunto de qué naturaleza. La mujer que me gritaba ¡taxi!, ¡taxi! ha seguido tomándose por un taxi cada vez que la he encontrado y quiere subir encima de mí. Más de una vez he pensado en deshacerme de ella (es una pesada) porque nunca se le ocurrirá tomar a ningún otro por un taxi. De hecho todo su universo mental gira en torno a un taxi que soy yo puesto que es la única palabra que recuerda de antes de su muerte. El vendedor de periódicos sigue creyendo que le robé los periódicos y cuando me ve se pone a llorar y a gritar: ¡periódicos!, ¡periódicos! Y si le diera periódicos haciendo como que se los devuelvo, o bien se los pagara, no cambiaría nada: para él yo soy por toda la eternidad (me atrevo a decir) la palabra «periódico» o bien el que le robó sus periódicos (lo que para él viene a ser lo mismo). Hay tres tipos (tres, digo bien) que me toman por una cáscara de banana con la que ellos resbalaron antes de su muerte y cada vez que me ven dicen «banana, banana» y después hacen como que resbalan y caen al suelo. Hay otros que me toman por su hermano o por su madre e incluso hay una anciana que está convencida de que yo

soy ella. Estoy literalmente asediado por esta banda de alienados que no dejan de seguirme. Intento concentrarme para tratar de hacer el milagro de que al menos sus bocas se cierren, pero no poseo suficientes poderes. Sin embargo, conseguí levantar una baldosa del pavimento y con ella apaleé a la vieja idiota que me toma por ella y que es la más irritante de todos porque quiere entrar dentro de mí y no para de hacerme morados en las costillas y los brazos con su cráneo. Hay otro que me toma por una escoba, anteayer estuvo a punto de estrangularme al querer barrer no sé qué polvareda. Afortunadamente tuve suficientes poderes para aflojarle los dedos, si no llego a hacerlo, ahora no estaría escribiéndole. No salgo de mi habitación de hotel más que para hacer los recados de la semana, ya que la ciudad se ha puesto imposible. Cuando entro en mi casa me tapo los oídos para no oír sus gritos. Usted me dirá, claro está, que puesto que son tan bestias como una bestia (es oportuno decirlo) podría hallar el medio de domesticarlos (a los más calmados) o de meterlos entre rejas (a los más agresivos), lo que probablemente sería fácil si tratara de hacerlo, pero el estado de indignación en el que me encuentro me impide hasta mirarlos a la cara. Por el momento estoy tan furioso contra ellos que cuando veo a uno no puedo evitar insultarle y el diálogo se hace imposible. Finalmente me he armado de valor y me he dicho que debería pedir una audiencia al presidente de la República, que tan gentil fue conmigo justo antes de su muerte, para exponerle mi problema. Lo encuentro (al presidente) tras haberme visto obligado a pasar por las formalidades más estúpidas que pueda usted imaginarse y que le ahorro. Sin embargo, él tiene aspecto de alegrarse de volver a verme y llora de emoción estrechándome la mano. Está solo en su despacho dibujando en una pizarra el mapamundi (así lo

llama él), es decir: una vaga idea de lo que imagina que debe ser el Uruguay tras el desastre. No es la forma, geográficamente hablando, lo que ha cambiado sino la colocación de los habitantes que dibuja, con una tiza de color rosa, en la pizarra (dibuja los límites del Uruguay en amarillo y los accidentes geográficos, tanto las montañas como los ríos o las casas, en verde). Como toda la población del país me sigue a todos los sitios adonde voy, no para de redibujar el emplazamiento de las gentes con su tiza rosa siguiendo las informaciones que de mis desplazamientos recibe por teléfono sin interrupción. Me decido a hablarle con toda franqueza y le digo que en la situación en que me encuentro (se la explico con detalle) su país ha dejado de interesarme. Cuando mi discurso termina el presidente se rasca la cabeza; después, tomando una decisión (me pregunto cuál), sale de la habitación y regresa al poco rato con la niña (la niña que yo había encontrado despanzurrada en mi cama) y con la señora negra del estranco (mi antigua novia muerta, aunque ella nunca lo ha sabido). Por un momento tuve miedo de que me obligara a casarme con la señora negra, pero se trata de otra cosa. Sacó de un cajón el pie que le corté a la señora negra durante su muerte y me pidió que le enseñara cómo hago milagros. Logré pegar de nuevo el pie aunque al revés, pero creo que no se dieron cuenta porque a los tres se les caía la baba de admiración. A continuación me pidió que despegara la nariz de la chica y yo me negué entéigicamente porque un milagro, después de todo, es un milagro y tiene que servir para acciones justas o al menos útiles. Él comprendió mi punto de vista y educadamente me pidió excusas. A continuación me ofreció un habano que acepté y le dijo a la niña que saltara a la cuerda, lo que hizo, y a la señora negra que bailara, lo que igualmente hizo, aunque de modo bastante

poco atractivo a causa de la posición de su pie, y él mismo sacó un violín del cajón y se puso a hacer como que tocaba (el violín no tiene ni cuerdas). Me di cuenta de que esperaban alguna frase amable por mi parte y les dije «*charmant, charmant*», lo que al parecer les satisfizo mucho porque dejaron de hacerlo. Aproveché para insistir, de un modo tranquilo pero firme, en la necesidad de encontrar una solución a mi situación en el Uruguay. El presidente se rascó la cabeza. Yo empecé a sentirme un poco harto. «¿*Avión?*», pregunté. «*No avión*», me contestó. No hay más avión que el que le bombardeó y no tiene motor. «¿*Barco?*», le dije. «*No barco*», me contestó. Pensé que hay barcos porque yo he utilizado uno. «¿*Por qué no barco?*», le dije con firmeza. «*No mar*», me contestó. Me agarró del brazo y me acompañó a una ventana de la que decorrí los cortinajes. Casi me caigo al suelo de la sorpresa. En efecto, no hay mar. El cielo comienza justo al borde de la playa. Por un momento creí volverme loco a marchas forzadas. Hice un esfuerzo sobrehumano para respirar con calma y finalmente dejé de temblar. La niña me sirvió un coñac que me tomé de un trago. «¿*Minacolo?*», me dijo el presidente en tono ansioso y comprendí que esperaba de mí que hiciera volver el mar. Aunque no confiaba en lograrlo, miré nuevamente por la ventana fija e intensamente hacia el lugar del mar. Al cabo de diez minutos apareció una pequeña ola que pronto fue absorbida por la arena, y eso fue todo. Me eché a llorar como un niño y el presidente me dio unas palmadas en el hombro. La señora negra y la niña lloraron conmigo, lo que me conmovió mucho ya que, después de todo, podrían refirse de mis desgracias como yo me río de las suyas. La niña se arrodilló a los pies del presidente y le pidió que me canonizara, presa de una auténtica crisis de histeria. Al principio la idea nos pareció comple-

tamente ridícula y tratamos de calmar a la niña ofreciéndole bombones, pero más tarde pensamos que, bien mirada, la idea no tiene nada de despreciable y comenzamos a calibrar sus pros y sus contras. Decidimos de común acuerdo que mi canonización ha de quedar en secreto (es una idea del presidente) puesto que si los uruguayos vinieran a comprobar mi santidad, automáticamente se crearían dioses (dada la idea que se hacen de mí es casi seguro que cada uno de ellos se creería el dios de mi religión) y eso despertaría entre ellos una rivalidad muy peligrosa puesto que, al ser bastante agresivos por naturaleza, comenzarían a matarse sin más, lo que sería poco caritativo por parte de un santo incluso falso, como es mi caso. Así pues, mi canonización debe permanecer en el anonimato, es decir que hay que dar con la manera no sólo de esconderla a los uruguayos sino de hacerlos creer que soy un uruguayo como ellos. Es también importante por una razón puramente práctica: conviene que dejen de perseguirme por todos los sitios adonde voy, empujándome y profiriendo insensateces, de ello depende mi salud tanto física como moral. Evidentemente es el punto más difícil de resolver porque todos me reconocen en cuanto me ven, por eso hemos pensado que podría quizás intentar el milagro de cambiar de aspecto físico, pero aunque he conseguido que se me hincharan un poco los mofletes y se me alargaran un poco los brazos y la nariz, eso no me cambia lo suficiente como para no ser reconocido. El presidente tuvo la idea de cortarme los párpados y los labios y convertirlos, es el colmo, en mis reliquias, y aunque al principio la idea no me tentó por razones estéticas, terminé por convencerme de que es la mejor solución y conseguí al mismo tiempo el milagro de anestesiarme durante la operación. Cuando me miré en un espejo estallé de risa, de tan desconocido que

estaba. Ahora sólo nos queda escoger una palabra falsa (la palabra que pertenezca a cada uno de ellos y que constituya el punto de unión que tengan hacia mí), pero la elección es difícil porque quiero encontrar la más cómoda de pronunciar (es ya bastante aburrido no tener más que una sola y si además hay que repetirla a lo largo del día va a ser una pesadez). Lo más difícil evidentemente habría sido escoger la palabra palabra, que es la palabra más simple, pero para eso hay que tener labios. Me decidí por la palabra rata, que es bastante corta y no exige más que un pequeño temblor de la garganta en el momento en el que los pulmones se deshinchán. El resto fue un juego de niños. El presidente me hizo salir por una pequeña puerta secreta (me abrazaron los tres deseándome buena suerte) y me mezclé con la multitud que se pasea frente a la Casa Presidencial en espera de mi salida pronunciando cada uno su palabra; yo repetí «rata, rata» y naturalmente me tomaron por uno de los suyos. Al principio estaban muy inquietos al no verme salir de la Casa Presidencial (para ellos estoy ahí dentro desde hace tres semanas), pero estos últimos días han empezado a calmarse. Poco a poco reanudaron su antigua costumbre de escoger lugares. Para hacer como ellos, elegí uno bastante confortable (son tan cretinos que escogen cualquier cosa, hasta un tenedor les es bueno para sentarse encima de él todo el día). Yo tengo siempre el mismo lugar: un gran agujero que cavé en la arena y en el que coloqué algunos efectos personales e incluso un tocadiscos de pilas. No puedo decir que me sienta desgraciado, ya que la vida es tranquila y la alimentación buena. Deliciosas verduras han comenzado a crecer por todas partes y no tengo más que estirar la mano fuera del agujero para atrapar un conejo y prepararme un plato suculento. El presidente viene a menudo a verme y no deja nunca de

traerme un azúcar o un habano y a veces incluso las dos cosas. A veces le acompaña la niña y los tres juntos tomamos baños de sol en la playa (es en esos momentos cuando más se echa en falta el mar) mientras bebemos cervezas y hacemos castillos de arena. Para divertirse a la niña, a la que adoro, le hago de vez en cuando milagros, aunque en los últimos tiempos he perdido muchos de mis poderes. Pero aún tengo algunos trucos de reserva. Aún puedo hacer que se muevan algunos granos de arena o que crezcan los tomates. Los viernes por la noche ceno en el Plaza, pero el servicio es muy malo desde lo de la resurrección, porque te sirven la primera cosa que les pasa por la cabeza. Y a veces esa cosa no es del todo comestible. No pienso volver más. Anteayer casi me echan a la calle porque me negué rotundamente a comer una repugnante mezcla de patatas hervidas y fritas colocadas en torno a uno de los calcetines del camarero (le vi poner el calcetín en el plato con mis propios ojos), y eso que soy un cliente de los más antiguos. Se lo comenté al presidente y me prometió que los haría ejecutar. Anteayer el monte de Montevideo se alejó dulcemente en el mar hasta convertirse en un punto en el horizonte. Inmediatamente todas las casas de la ciudad se amontonaron unas sobre otras alrededor de la Casa Presidencial y la propia Casa Presidencial no cesa de dar saltos que a veces llegan a ser de treinta metros. Es bastante molesto porque eso hace que tiemble el sol. Hemos visto cosas peores, bromea el presidente. Te dejo la palabra. Hasta mañana, Maestro. Buenos días, Maestro. Recibimos la visita del papa de la Argentina, es pequeño y flaquito, va vestido de oro y vuela (ha llegado volando, para hacer cualquier cosa imita el ruido de un avión y eso lo levanta mecánicamente del suelo, a continuación señala con el dedo índice la dirección que prefiere). Parece ser que en la Ar-

gentina nuestras aventuras fueron seguidas por televisión y él vino a ponerme la medalla del cómico argentino (un bajorrelieve que representa la cabeza de una vaca extremadamente seria mirando fijamente el horizonte, dice que es el emblema de la Argentina). Fingí estar emocionado, pero sin exagerar la nota, porque creo que me propuso un contrato como actor en la televisión argentina. Le hice ver muy cortésmente que mi éxito en la televisión era del todo accidental, pero me contestó bastante en serio que era un hecho. El presidente, que es un gran naíf, no dejaba de hacerle reverencias y de tomar notas de todo lo que el otro decía. Insinuó que podía detener los brincos de la Casa Presidencial (da saltos histéricos cada tres minutos) si yo le prestaba mis reliquias. Las pegué a sus párpados (mis ex párpados) y a sus labios (mis ex labios), lo que le daba un aire totalmente ridículo. A continuación se puso a volar alrededor de la Casa Presidencial como un moscardón gritando «*caraco, caraco*», que es, al parecer, la palabra clave de la brujería argentina. Al cabo de una hora, completamente agotado, se desplomó a nuestros pies y le dimos un vaso de agua. Él decía que la Casa Presidencial saltaba con más suavidad que antes, lo que es falso. Le pedí que me devolviera mis reliquias y las guardé de nuevo en el cofre que utilizo para eso. Le pregunté si quería pasar la noche en el Uruguay y aceptó al ver que tenía por delante varias horas de vuelo y que se estaba haciendo de noche. Esto me contrarió un poco (aunque no lo dí a entender) ya que vivimos un poco apretados (el presidente, cuando la Casa Presidencial empezó a dar brincos, tuvo miedo de dormir allí y ya sabe usted que mi agujero no es grande y que no tengo más que una cama). Le dimos un poco de verdura para que comiera y nos apretamos para dormir los tres en la cama, lo que no es fácil puesto que el presidente no cesa

de engordar desde que la niña lo dejó (se fue al norte con la señora negra y parece ser que instalaron allí un burdel). Ya con las luces apagadas me di cuenta de que había cierto movimiento bajo las sábanas: el presidente se hacía sodo- mizar por el papa de la Argentina. Al instante encendí la luz y ellos fingieron que dormían. Yo estaba extremadamente sorprendido, no por el hecho en sí, que no tiene nada de reprochable, sino por el extremo servilismo del presidente, que haría lo que fuera con tal que se le devolvieran las vacas uruguayas que se fueron a nado a la Argentina cuando aún había mar. No apagué las luces y fingí que leía, pero me di cuenta de que el presidente, aun roncando y todo, el muy hipócrita estaba masturbando al otro. Me levanté tranquilamente y le pedí al papa que fuera a dormir a la bañera, pero se negó muy secamente con el pretexto de que él es el papa de un país más grande que el nuestro y dijo que era a mí o al presidente a quienes correspondería ir a dormir a la bañera. Le recordé que está bien ser papa, pero que yo soy santo, y como no encontró respuesta a esto se hizo el dormido. A todo esto, el presidente, muerto de vergüenza, roncaba de tal modo que rompía los tímpanos. Volví a acostarme y apagué las luces pensando que tras este incidente no se atreverían a volver a empezar. Cuando apenas me había calmado un poco noté que la mano del papa entre mis nalgas trataba de separarlas con los dedos, creyendo que dormía tan profundamente que no me daría cuenta. Di un salto y encendí la luz. El papa me miró riendo y haciendo gestos obscenos con el dedo índice. Le pregunté calmadamente si no le daba vergüenza. Me dijo que un papa no tiene vergüenza de nada, lo que no les ocurre a los santos. Esto me exasperó. Me lancé sobre él y le retorcí la nariz hasta hacerlo sangrar. Le sorprendió tanto que no se atrevió a contestarme. A la maña-

na siguiente, los tres tomamos en silencio el café con leche, y aunque el presidente no se atrevía a levantar la vista de la taza, el papa parecía muy despreocupado e incluso hizo algunos vuelos alrededor de la mesa antes del desayuno. Tras el café con leche, el papa nos pidió que le enseñáramos algunos uruguayos antes de marcharse. Montados a caballo dimos una rápida vuelta por el Uruguay, lo que no es nada difícil ya que el país no para de encogerse. El papa estuvo bastante descortés y repetía que los argentinos son más altos, más limpios, más ricos que nosotros, y aunque sea verdad (no lo sé porque nunca los he visto) no creo que sea una cosa que le corresponda decir a un papa. Nos propuso una partida de dados entre argentinos y uruguayos, y aunque al presidente parecía seducirle la idea yo me negué. Almorzamos en el Plaza y el papa no parecía tener prisa por irse. Le recordé que si quería llegar a Buenos Aires antes de que oscureciera aún estaba a tiempo de ponerse en marcha. Él dijo que le daba igual porque los argentinos van a esperarle el tiempo que él quiera. Se limpió los dientes haciendo ruidos y el presidente lo imitó. Después propuso al presidente una visita a la Argentina y el presidente enrojeció de confusión. Me miró con cara de perro implorando su comida y le dije que si quería partir era asunto suyo. «Sabía que era usted bueno», me dijo el papa, «y le doy mi bendición.» Le dije muy cortésmente que no tenía nada que hacer con ella. «Se la doy de todos modos», me dijo, y escribió la palabra «bendición» en un trozo de mantel y me lo dio. Hice de él una bola y la tiré en medio de la mesa. El papa se puso a contar al presidente las maravillas de la Argentina, donde, al parecer, la gente ha adoptado una nueva religión que consiste en reírse los unos de los otros (él es el único que no se ríe y nadie puede reírse de él, por eso es el papa) y parece que se concentran todos

en un mismo lugar del país, porque cuantos más son más se ríen. Todo esto me pareció tan estúpido que ni siquiera me molesté en decírselo. El presidente me preguntó si podía irse con algunas de mis reliquias para mostrárselas a los argentinos y le di un trozo de párpado. Decidieron marcharse de noche a pesar de que sopla mucho viento, pero el papa asegura que puede volar de noche y con cualquier tiempo. Atamos el presidente al papa con una cuerda. Parecían dos salchichones juntos y me dije que si su religión es reír, estarán bien contentos cuando les vean llegar. Nos hicimos reverencias y ellos empezaron a subir por los aires. Tardaron tres horas al menos en desaparecer por el cielo porque el pobre papa volaba como un gorrión al que hubieran atado un ladrillo. Les dije adiós con la mano y me fui a dormir, porque la noche anterior casi no pegué ojo. Mañana he de ocuparme de todo el país yo solo. Pese a que en la actualidad están casi todo el tiempo inmóviles y mudos, el hecho de no verme durante dos o tres días les provoca crisis de angustia que prefiero evitar. Así, todos los días doy una vuelta por el Uruguay y dejo que todos me vean, y para cada uno tengo una palabra amable. Lo que más les gusta es que les explique a qué se parecen en relación con la última vez que les vi, por ejemplo, a uno que perdió el cabello le digo: «usted perdió el cabello» y él se tranquiliza e incluso ríe, o bien a una mujer que perdió a su marido le digo: «usted perdió a su marido», entonces ella llora un poco y luego se calma. A los que sufren porque su lugar es poco confortable (aquellos que escogieron como lugar un cactus o bien una caja demasiado pequeña para ellos) les digo: «su lugar no es confortable» y eso les calma. A fuerza de repetirles cada día la misma frase han terminado por aprenderla de memoria y el calvo, por ejemplo, cuando me ve me dice: «usted perdió el cabello»

y la viuda «usted perdió a su marido». Han aprendido a tener entre ellos breves conversaciones. Ahora el calvo le dice a la viuda: «usted perdió el cabello» y la viuda le contesta «usted perdió a su marido» y eso los hace reír. He intentado el experimento de colocarlos en círculo y, a pesar de que eso al principio los horrorizaba, ahora han empezado a acostumbrarse y no cesan de decirse tonterías. Los he colocado a todos en un gran círculo, pero no les ha gustado mucho pues no llegan a ver los límites del círculo, que ocupa prácticamente todo el sitio del Uruguay, y se han quedado mudos. A cada uno le he enseñado a decir su frase a su vecino de la izquierda y a escuchar la frase de su vecino de la derecha y a repetirla a su vecino de la izquierda, y así indefinidamente. Al principio no les gustó mucho, pero al cabo de un rato, cuando descubrieron que todos los días su frase les volvía con regularidad, se mostraron realmente encantados. La viuda, por ejemplo, desde que sabe que todos los días a las dieciséis quince su vecino de la derecha va a decirle «usted perdió a su marido» se empuja a divertir desde la mañana y yo, por mi parte, la utilizo de reloj, lo que me es muy útil ya que el mío se rompió hace no sé cuántos años. Habría sido una solución perfecta para ellos y para mí si últimamente el tiempo no se hubiera reducido en sus cabezas de una manera vertiginosa. Se hablan cada vez más deprisa y cada frase tarda apenas quince minutos en dar la vuelta completa. Me he dicho que si llega el momento en el que la misma frase da la vuelta al círculo en un instante nos arriesgamos a uno de esos raros cataclismos típicamente uruguayos a los que estamos, desde luego, habituados, pero que no siempre son deseables. Probé a colocarlos de una manera diferente (se niegan una vez visto el gusto que le han tomado al juego) y también a introducir nuevas frases en el círculo, pero

parece que nada de todo esto les entra. Allá ellos, ya verán lo que les pasará. Segunda sorpresa: volvió el presidente. Lo catapultaron al Uruguay, el papa no se molestó en acompañarle. De entrada trató de hacerme creer que lo suyo había sido una tournée triunfal por las provincias argentinas, pero bastó con una sola mirada severa que le lancé para que se ahogara en llanto contándome la triste verdad: el papa, cuyo verdadero nombre es Mister Puppy, en realidad es un peligroso traficante de blancas. Había venido al Uruguay para reclutar a la niña y a la señora negra, en las que se había fijado a través de las emisiones de televisión. Para lograrlo armó toda esa historia en la que se había pasar por papa, el muy cerdo, y al no encontrar a la niña y a la señora negra sedujo al presidente para hacerle trabajar en los burdeles argentinos. Parece que el pobre la pasó mal. Lo vestían de bailarina española y había cola para sodomizarle. A costa de sacrificios consiguió finalmente tener bastante dinero para poder comprar una catapulta en espera, según él, de obtener mi perdón. Lo perdóné de todo corazón y volvió a echarse a llorar. Me confesó que un día en que se moría de hambre en la nieve vendió mi reliquia para poder comprarse un sandwich. Lo perdóné. Me trajo un regalo, una corbata que uno de sus clientes olvidó en su habitación de Tucumán. Me pidió que me la ponga en la primera cena que hagamos juntos después de su desventura. Me puse la corbata y le dije que tomara un baño mientras yo pelaba las patatas: ha dicho que no le hacía falta, pero le he ordenado que lo hiciera porque está muy claro que no ha tomado ningún baño desde que se fue. Mientras pelaba las patatas he oído el ruido de la ducha sobre el parterre y no sobre él, de modo que he entrado en el baño y le he encontrado sentado en el bidet riendo. Lo he metido en la ducha a patadas y he esperado

a que se enjabonara totalmente. Hemos cenado a solas en la playa a la luz de una lámpara que recuperé de la Casa Presidencial antes de que quedara inservible. Al presidente, animado por el vino, se le soltó la lengua y me contó que al principio estaba enamorado del papa, quien se negaba a casarse con él, pero que pronto encontró un agregado de ministerio que le pagaba todos los caprichos. Llegó, según él, a hacerse ofrecer una estola de armiño y una tiara de strass y una tarde fue invitado a una recepción en la que tomó cocaína de la que guarda un recuerdo inolvidable. Me preguntó si no tenía cubiertos para comer las patatas y le respondí lacónicamente que no. Agarró las patatas fritas con los dedos y las mojó en el vino y después las chupó guriando «ho-la-lá, ho-la-lá» como si fuera la mejor de las delicias. Me dijo que en la Argentina es fácil hacer dinero, pero que no le interesa porque son demasiado groseros. Su mejor compañera, una árabe, fue maltratada porque se negó a chupársela a un negro y al final la condenaron a ella porque los negros dijeron que les había mordido en los testículos y la azotaron en una plaza pública. Me confesó que en el fondo es a mí a quien siempre amó, pero que mi carácter cerrado le llevó a huir de mí. Me dijo que a menudo, en sueños, yo lo llamaba y que ésa era una prueba de que lo amaba. Me agarró la mano, apretándola muy fuerte con lágrimas en los ojos, y he de confesarle que eso me emocionó. Es un buen tipo y no tengo derecho a juzgarlo por un extravío pasajero del que él mismo ha sido la primera víctima. A la hora del café recibimos la inesperada visita de la niña y de la señora negra, que habían oído que el presidente estaba de vuelta y querían enterarse de cómo eran las últimas modas argentinas (ahora tienen un almacén de modas) y el presidente les hizo unos croquis. Ellas esperan ampliar su negocio y conquistar todo el mer-

La vida es un tango

cado uruguayo y para eso cuentan con que yo les preste una máquina de coser, pero desgraciadamente no tengo ninguna. Se fueron tristes aunque optimistas. En cuanto se marcharon, el presidente me hizo una escena inaguantable diciéndome que yo había dormido con ellas durante su ausencia, lo que es absolutamente falso ya que no las veía al menos desde hacía cinco años. Tras romperme un plato en la frente se arrojó a mis pies pidiendo perdón. Intenté convencerle de que se fuera a la cama y me acusó de querer envenenarlo mientras dormía. Le aseguré que no y volvió a pedirme perdón. Le acaricié un poco la cabeza y parece que esto lo apaciguó porque se durmió con la cabeza entre mis rodillas. Se hace de día. Es muy bello, pues desde que el cielo está al borde de la playa se puede tocar el sol con la punta de los dedos en el momento en que pasa ante ti. Una lágrima corre por mi mejilla. El presidente tuvo una pesadilla entre dos ronquidos y gritó: «¡Mister Puppy, no me pegue más!» Lo zarandé y se frotó los ojos, me abrazó y después se durmió de nuevo. Yo también porque mañana tengo un día muy atareado. Hasta mañana, Maestro.